

DOCUMENTO DE CONTEXTO Y MARCO CONCEPTUAL:

Territorio y ciudadanía: democracia participativa local y cooperación descentralizada en el marco de los ODS

Nelson Dias

La globalización fue generada por la humanidad pero nuestro pensamiento es más local y restrictivo, incapaz de mirar la diversidad de formas de vivir y producir comunidad. Esto significa que no sabemos pensar globalmente, no tenemos la capacidad de comprender el mundo en su amplitud y de respetar las diferencias culturales, políticas y otras. Esto es un problema en la medida que la comprensión occidental del mundo es la que domina los medios de comunicación, la política, la academia y las organizaciones internacionales.

En un contexto de cooperación para la promoción de la democracia y del desarrollo, no es posible huir a esta cuestión. No se puede dejar de hacer un ejercicio de auto-reflexión sobre nuestra propia racionalidad y de qué forma esta condiciona los procesos y los resultados en los territorios donde intervenimos.

Es necesario reconocer otras formas de racionalidad, de pensamiento y de entender el mundo, por muy distintas que sean. Solo de esa forma se puede combatir la producción hegemónica del conocimiento occidental que intentan estandarizar.

De acuerdo con el sociólogo Boaventura de Sousa Santos existen cinco formas de manifestación de esta monocultura del conocimiento.

Una se refiere a la **“producción del saber y del rigor”**, de acuerdo con la cual son ignorantes los que no tienen un pensamiento orientado por la ciencia. Todas las otras formas de conocimiento sin firmeza científica, no tienen valor, y por eso no sirven para el diseño de políticas territoriales, ni de producción de riqueza. Esto representa, en la práctica, un **“epistemicidio”**, como refiere el autor.

Esto es lo que pasa, por ejemplo, con los pueblos que viven en contextos periféricos, donde incide la mayor parte de las acciones de cooperación descentralizada. Sus conocimientos no son muchas veces tenidos en cuenta o respetados por el cooperante extranjero.

Una segunda forma de esta monocultura se puede llamar la del **“tiempo lineal”**. Esta se fundamenta en la idea de que el tiempo tiene una dirección y un sentido únicos, significando esto, en el contexto internacional, que algunos países van por delante y otros se quedan atrás. En otras palabras, los primeros son considerados desarrollados y sus políticas, formas de organización, instituciones, estrategias y herramientas de participación son las más correctas. Esta manera de entender el mundo produce la idea de que todo el resto, lo que está fuera de este concepto occidental, es residual y por tanto no tiene valor.

Personalmente pude comprobar esta forma de pensar cuando invité a algunos alcaldes portugueses a visitar experiencias de presupuesto participativo en Brasil, en 2005, intentando de esa forma convencerlos a adoptar ese mecanismo en sus territorios. Sin poder generalizar, la mayoría no entendió el sentido real e importancia de ese tipo de proceso para la construcción de la confianza en la política y para incorporar las demandas populares en las

prioridades de gobierno. Muchos se detuvieron en hacer comparaciones, argumentando que el modelo de democracia que practican ha producido sociedades más desarrolladas, justificando así su opinión sobre la inutilidad del presupuesto participativo. Esto es un ejemplo muy evidente de esa forma de considerar que unos están por delante y otros por detrás en el tiempo y en el sentido que deben tener las sociedades desarrolladas.

Este ejemplo es igualmente útil para presentar la tercera forma de monocultura del conocimiento, que es la que se refiere a la “producción de las diferencias”. Esta sirve para justificar la existencia de jerarquías, distinguiendo quien es superior de quien es inferior. El segundo nunca puede ser una opción. Esto puede pasar entre personas, pueblos y naciones, así como en contextos de cooperación para el desarrollo, donde es frecuente que sea el cooperante, quien tiene los recursos, que determina el sentido de los proyectos y de las políticas en los territorios donde se propone intervenir.

Una cuarta forma de monocultura es la que se relaciona con la “escala global”. La modernidad occidental creó dos escalas globales, nombradas el universalismo y la globalización. El primero se refiere a una idea o entidad que vale independientemente del contexto en que ocurre, como es el ejemplo de los derechos humanos. Estos son tenidos como una referencia – desde una visión occidental del mundo – no admitiendo otras formas de defensa de las personas, de sus derechos y tradiciones. Esto significa que lo que es universal es superior a lo que es local o particular. En el ámbito del universalismo, lo local no puede ser una alternativa.

No raras veces, organizaciones de cooperación descentralizada reproducen esta idea de universalismo, sin respetar concepciones distintas de las suyas sobre el sentido a dar al desarrollo y a las políticas. Eso es muy evidente también en la transferencia de metodologías y herramientas de participación ciudadana, como fue el caso de la adopción acrítica de modelos oriundos de realidades políticas, administrativas, demográficas, culturales y sociales muy distintas.

La segunda escala de la que nos habla el autor es la globalización. Esta es el proceso a través del cual una entidad se expande por el planeta y en esa dinámica declara como rivales las entidades locales con las cual compite directamente. En esta perspectiva, también muy occidental del mundo, lo local no puede ser una alternativa al global.

La quinta y última monocultura del conocimiento es la que se corresponde con la “productividad capitalista”. Esta define que productividad, trabajo y naturaleza deben estar determinadas en un único ciclo de producción. Si salimos de la lógica capitalista, productividad, trabajo y naturaleza tienen ciclos distintos. Esto significa que la productividad capitalista cambió los ciclos de producción anteriores, imponiendo el suyo. Desde este punto de vista, todos los que no respetan esta lógica deben ser considerados improductivos y, de ese modo, no pueden conformar una alternativa.

Estas monoculturas producen una forma de entender el mundo, la vida humana, la relación con la naturaleza, los procesos de desarrollo y las relaciones políticas, sociales y culturales que están determinadas por una visión occidental. Esta se integra, de una forma aparentemente objetiva, en una dinámica que pretende desacreditar e invisibilizar aquellas otras formas de pensar y de producir conocimiento. En este proceso, que lleva produciéndose durante varias generaciones, se pierden experiencias sociales determinantes, porque los conceptos y las teorías hegemónicas no las reconocen. Es necesaria una nueva racionalidad, teniendo en cuenta que la hegemónica no permite apreciar toda la diversidad del mundo y por ende,

construir sociedades más equilibradas y justas. Esta misma racionalidad está presente en muchas de las dinámicas de cooperación descentralizada, en las que los cooperantes, partiendo de sus certezas, no logran entender e incorporar en sus prácticas, otras formas de pensar y construir conocimiento.

El reto que se nos presenta es cambiar en el presente las ausencias producidas por el pensamiento occidental. Existen otras experiencias sociales, otras culturas y formas de pensamiento. Están disponibles, pero necesitamos de otra racionalidad más abierta para entender y respetar la diversidad del mundo, desde el reconocimiento y la movilización de las mismas. Con esa pretensión, Boaventura de Sousa Santos nos propone cinco ecologías, como alternativas a las cinco monoculturas.

La primera es la “ecología de los saberes”, que nos indica la necesidad de una articulación entre la ciencia y otras formas de conocimiento. Se trata de una ecología favorable al dialogo entre diferentes formas de producir saberes.

Eso es algo esencial en un contexto de cooperación. El diálogo entre diferentes formas de producir saberes es clave para que los recursos destinados por los cooperantes, sean invertidos de forma que respondan directa y adecuadamente a las demandas de las comunidades, sobre todo de las más pobres y excluidas. Existen numerosas experiencias profesionales en contextos de cooperación que corroboran la urgencia de esta ecología de los saberes. Sirva a modo de ejemplo, una situación que se produjo en el Presupuesto Participativo de Maputo (Mozambique). Una de las propuestas ganadoras en uno de los barrios más pobres de la ciudad fue la construcción de una entrada de drenaje, con el fin de sustituir otra existente que no garantizaba las condiciones mínimas de salubridad. Estaba situada en un camino peatonal muy estrecho, en el que además se concentraban todo tipo de residuos urbanos. En los laterales de este camino existían casas particulares que se inundaban de aguas residuales cada vez que llovía. Se necesitaba por tanto, una solución técnica que atendiera a la necesidad de una mayor capacidad de drenaje y que garantizara la movilidad de los vecinos. Fue gracias a un arquitecto mozambiqueño que se logró un diseño que permitía todo eso. Muy probablemente, un profesional europeo no habría tenido la misma sensibilidad ni conocimiento para comprender el problema y abordar su solución técnica.

Una segunda ecología propuesta por el autor es referente a las “temporalidades”, a través de las cuales se pueden comprender los conceptos de “simultáneo” y “contemporáneo” y su articulación. De acuerdo con la racionalidad occidental, cuando un cooperante europeo se encuentra con una comunidad indígena en un país de Sudamérica para debatir formas de comercio justo, se produce un encuentro simultáneo pero no contemporáneo. En el ámbito de la ecología de las temporalidades es necesario defender la idea de que simultáneo también es contemporáneo. Es una forma de combatir la monocultura del tiempo lineal, que determina la concepción de que unos pueblos están más avanzados que otros.

La tercera ecología se refiere a los “reconocimientos”. En cualquier contexto de cooperación es esencial garantizar la articulación entre los principios de igualdad y del reconocimiento a la diferencia. Las ciencias sociales y algunos campos políticos reconocen el derecho a la igualdad pero no el derecho a la diferencia. En el ámbito de esta ecología y de cualquier intervención de cooperación es esencial comprender que las personas y los pueblos tiene el derecho de *i)* ser iguales cuando las diferencias los subestima; *ii)* ser diferentes cuando la igualdad los deforma.

La cuarta forma de ecología está relacionada con la “productividad”. De acuerdo con esta es esencial entender que existen otros caminos para producir riqueza y vivir en comunidad sin que estos se produzcan bajo el enfoque capitalista. Hay múltiples ejemplos exitosos de economía social y solidaria, que están orientadas a construir formas de relación más sostenibles entre personas, entre estas y el medio ambiente. En el contexto de la cooperación es aún más importante reconocer estas diversas economías y formas de productividad, para que, por ejemplo, en proyectos de desarrollo local, dirigidos a apoyar o fomentar actividades económicas en países del sur, no se impongan lógicas del Norte que interfieren directamente en las tradiciones y relaciones comunitarias y vecinales existentes.

La quinta y última ecología se refiere a las “trans-escalas” y nos indica la necesidad de afirmar que lo local no puede ser un producto de la globalización hegemónica. Es esencial que lo local sea conceptualmente “desglobalizado”, para que sea posible identificar sus particularidades, lo que le es específico y pone en valor las diferencias.

En conjunto, estas ecologías nos permitirán encontrar y poner en valor mecanismos tradicionales y también los emergentes en el campo político, con renovadas formas de gobernanza, más transparentes, abiertas y participativas; en el ámbito económico, reconociendo las potencialidades de las economías de proximidad, de trueques, del don; en el campo productivo, visibilizando prácticas más sostenibles e incluso algunas que apuestan por el decrecimiento; en el área de la comunicación, valorizando la importancia de los medios alternativos y comunitarios, así como en muchos otros ver ámbitos de la vida, como el ambiental, la educación o la justicia.

El mundo está lleno de buenas experiencias y prácticas en todas estas áreas. Necesitamos una racionalidad distinta y herramientas que nos permitan mapearlas, valorizarlas y reforzarlas.